

6 de octubre de 2026

Discurso de aceptación en la ceremonia de entrega de la V Edición de los Premios y Ayudas CSIC – Fundación BBVA de Comunicación Científica

Carlos Briones

Estimada secretaria general de Investigación (querida Eva), presidenta del CSIC (querida Eloísa), director de la Fundación BBVA (querido Rafael), autoridades, representantes de instituciones culturales y Fundaciones, colegas del mundo de la investigación y de la divulgación científica, compañeros de viaje Josep, Carmen y Beatriz, creadores en distintos ámbitos de la cultura, mentes curiosas, familiares, amigos todos.

Hoy es un día muy importante para mí, porque recibo un galardón de enorme prestigio, concedido por un jurado que está formado por mujeres y hombres a quienes respeto y admiro. Un Premio que en ediciones anteriores ha reconocido la labor de científicos y periodistas con trayectorias extraordinarias. Por tanto, está claro que también aquí camino a hombros de gigantes.

Además, estamos reunidos en la sede central de mi institución, en un Salón de Actos donde he vivido muchos buenos momentos: el último de ellos hace sólo cinco días, en la Primera Bienal de Arte y Ciencia que celebramos aquí. Hoy, sin duda, juego en casa. Y entre amigos.

Por tanto, quiero comenzar dando las gracias al CSIC, a la Fundación BBVA, y a ese jurado que me ha concedido un Premio al que cada año se presentan muchos candidatos que lo merecen. Y mi gratitud se extiende a todas las personas e instituciones (demasiadas para nombrarlas aquí) con las que, durante bastantes años ya, he tenido la fortuna de compartir el fascinante camino de la comunicación científica.

Porque divulgar, como investigar, nunca son tareas individuales sino construcciones colectivas, conversaciones constantes, redes de interacciones creativas. Además, la comunicación de la ciencia no existiría sin sus receptores: quienes escuchan nuestras charlas, visualizan los vídeos que grabamos, leen nuestros artículos y libros, o nos siguen en redes sociales. Por tanto, gracias también a ellas y a ellos.

6 de octubre de 2026

Vivimos una época en la que divulgar la ciencia y fomentar el pensamiento crítico no supone un lujo, ni siquiera una opción: es una necesidad. Porque nos rodean el negacionismo científico e histórico, los bulos, las pseudociencias absurdas y las pseudoterapias letales. Están ahí fuera, agazapadas, listas para engañarnos, estafarnos y poner en peligro nuestras vidas.

En esta sociedad inundada de información veraz (y falsa), que es amplificada sin filtro (ni pudor) por las redes sociales, hemos de recordar las palabras de Stephen Hawking: “El mayor enemigo del conocimiento no es la ignorancia, sino la ilusión del conocimiento”. En este sentido, el valor de la ciencia va más allá de sus propios resultados: nos enseña a hacernos preguntas, a dudar, a huir de los dogmas y del pensamiento único, a cambiar de opinión cuando las evidencias lo requieren. Y también nos lleva a decir con frecuencia algo que nunca responden las ya omnipresentes inteligencias artificiales: “no lo sé”.

En mi opinión, esos son los principales valores que deben transmitirse a la sociedad. Para ello, es preciso que colaborem los investigadores, las unidades de cultura científica de los centros de investigación y universidades, los periodistas especializados y los gestores culturales. Porque tenemos capacidades diferentes y complementarias, y cuando todas ellas convergen, como hoy aquí, el ecosistema de la comunicación científica gana rigor, alcance y humanidad.

Si este Premio reconoce una trayectoria, quiero recibirlo también como una responsabilidad hacia el futuro. Seguir investigando y divulgando significa continuar defendiendo la curiosidad, la imaginación y el valor de los datos. Supone mostrar a la sociedad que sin ciencia no hay futuro, ni habría presente. Y también (al menos, en mi caso) conlleva la voluntad de mostrar que la ciencia es una parte integral de la cultura, en continuo diálogo con las humanidades y las artes.

Mantengamos nuestro compromiso con la comunicación científica. Porque quizá la tarea más hermosa de todos nosotros sea esa: encender cada día (como nos enseñó Carl Sagan) una luz en medio de la oscuridad... y confiar en que alguien, al verla, decida seguir caminando por la senda del conocimiento.

Muchas gracias a todos.